

KAFKA, Franz: *La metamorfosis y otros relatos de animales*. Colección Austral, Espasa Calpe: Madrid 1999. Edición y traducción: Miguel Salmerón. 243 páginas.

Un animal imprudente

Kafka sigue siendo a estas alturas, quizá más que nunca, una lectura obligada, en especial para todos aquellos que aman lo inasible, lo que siendo prácticamente inefable, él consiguió describir con una precisión espeluznante. Para aquellos lectores que aún gustan de los cuentos, breves historias que creemos comprender, pero que en realidad se nos escapan entre los dedos. Aquellos que saben que no es necesario entender del todo para valorar del todo. De ahí también la desazón que en ocasiones puede provocar su lectura, ya que, desde esas terribles metáforas de la vida cotidiana que son sus relatos, nos acercamos al borde del abismo. El autor supo reflejar como nadie la impotencia del hombre moderno para hacerse comprender, convencido, como otros muchos representantes de la cultura en lengua alemana (Benjamin, Hoffmannsthal, Maeterlinck, Musil o Wittgenstein), de la esterilidad del lenguaje. Donde la comunicación prácticamente no existe, donde el silencio es mayor, es en el reino animal. Tal vez por eso, el hombre que se siente incapaz de hacerse comprender, de comunicarse con sus semejantes, se ve a sí mismo como una suerte de animal.

Kafka es, como afirma Ana Lucas en su estudio comparativo entre la obra de Benjamin y la de Pedro Casariego Córdoba (José Vidal (ed.), *Reflexiones sobre arte y estética. En torno a Marx, Nietzsche y Freud*) otro escritor de la «esperanza desesperanzada». En el relato *Investigaciones de un perro*, incluido en esta selección, el canino protagonista, tras haber ayunado durante mucho tiempo, habla de un instinto que le hizo apreciar la libertad por encima de todo, aunque esa libertad que hoy es posible, concluye, sea sólo «un arbusto raquíutico». Como todos esos animales humanizados y esos seres humanos animalizados que pueblan estos relatos, trata de aferrarse a una esperanza, la mayor parte de las veces tan débil que se puede considerar como la última. Gregor Samsa, al despertarse convertido en un bicho repugnante, considera el acto

de levantarse, el desayuno y el silencio que de pronto parece reinar en la casa como una posible fuente de tranquilidad: «ya encontraría más tarde una excusa adecuada», se dice, sin perder la calma ante lo alarmante de su estado. Gregor sólo aspira a ser «incluido de nuevo en el círculo de los humanos», y cuando cree estarlo, porque sus familiares toman las primeras decisiones con resolución y seguridad, siente un gran alivio. Tal vez sea esa férrea decisión de no perder en ningún momento la compostura ante los más terribles hechos lo que produce el desaliento en el lector, que comprueba aterrorizado la naturalidad con que a menudo el absurdo y el horror se instalan en nuestras vidas.

Dos palabras o conceptos se repiten a lo largo de la mayoría de estos relatos: por un lado, la seguridad, esa seguridad que en todo momento buscan los protagonistas, tratando con ello de conservar la última porción de su libertad personal, y por otro, el peligro, representado por el enemigo que amenaza esa seguridad y que a menudo no es otro que el propio animal protagonista de la historia, el propio individuo. Los personajes principales de las distintas historias de Kafka están, por tanto, rodeados siempre de enemigos. Enemigos que en realidad no tienen motivo alguno para mantener esa actitud hostil hacia ellos. Son la pura expresión de la hostilidad.

En su libro *Conversaciones con Kafka*, Gustav Janouch cuenta que para el autor checo el poeta, el artista, no era en absoluto un gigante, sino tan sólo un pájaro de colores más o menos brillantes encerrado en la jaula de su propia existencia. En su caso, además, ese pájaro tenía las alas atrofiadas, por lo que confesaba desconocer las alturas y las lejanías. Sin duda fue uno de esos animales imprudentes de los que Pedro Casariego dijo: «sus piernas son las muletas del cielo quieto que quiere ver otras tierras. Cuando son pájaros ponen huevos como temblorosos aspirantes a mundos en llamas...». Y este Bestiario es uno de ellos.

Kafka es además, como también Casariego, uno de esos autores que escriben con sangre, en lugar de hacerlo como la mayoría con tinta. En el relato *La madriguera*, considerado como una posible metáfora de la lucha de Kafka por realizar su obra, el animal que va abriendo galerías y corredores bajo tierra acaba «embadurnado de jugos de sangre y de carne». De hecho, cuando Kafka escribió *La condena* lo hizo de una manera febril y tuvo la sensación de escribir con todas sus energías: la mente, el alma y el cuerpo. Un verdadero parto, en el que acababa «cubierto de suciedad y mucosidades». Sin embargo, estos mismos escritores que conciben la escritura como una lucha a brazo partido logran alcanzar a menudo las más altas cotas de comicidad. *Josefina, la cantante, o el pueblo de los ratones*, el relato que cierra esta selección, es una buena muestra de ello.

Berta Vías Mahou